

CAPÍTULO X.

Fray Pacifico

Miguel no se había engañado : había agitación en el Mercado-Viejo ; pero aquella agitación no era producida por el motivo que imaginara el hermano de leche de la San Felice, ó por lo menos, aquel motivo no era el único.

Tratemos de referir lo que acababa de pasar en aquel tumultuoso barrio del antiguo Nápoles ; en aquella especie de *corte de los milagros*, cuya soberanía se disputaban los *lazzaroni*, los camorristas y los *guappi* ; en aquella red de tortuosas callejuelas, donde improvisó Masaniello su revolución, y de donde han salido, desde hace quinientos años, todas las asonadas que han trastornado la capital de las Dos Sicilias, así como han salido del Vesubio todos los temblores de tierra que han quebrantado los edificios de Resina, Pórtici y Torre-del-Greco.

A eso de las seis de la mañana, los vecinos del

convento de San Efrema, sito en la *salita dei Capuccini*, habían visto salir, como de costumbre, detrás de su asno, y descender la inmensa calle que se extiende desde la puerta del santo edificio hasta la de la Infrascata, al hermano colector encargado de abastecer el convento.

Como aquellos dos personajes, bípido y cuadrípido, están destinados á desempeñar cierto papel en nuestro relato, merecen que hagamos de ellos, y sobre todo del bípido, una descripción particular.

El fraile gastaba el hábito obscuro de los capuchinos, con la capucha caída sobre la espalda ; según la regla de la orden, llevaba por todo calzado unas sandalias sujetas á la garganta del pie por dos cabos de cuero amarillo, sandalias que al andar azotaban sus desnudos talones ; su cabeza se hallaba rapada, á excepción de esa estrecha corona de cabellos destinada á representar la corona de espinas de Nuestro Señor ; ceñía su talle aquel milagroso cordón de San Francisco que tan grande influencia ejercía en la veneración que los fieles sentían por la orden, y cuyos tres nudos simbólicos recordaban los tres votos que los frailes hacían al mundo : el de pobreza, el de castidad y el de obediencia.

Al vestir el hábito franciscano, fray Pacifico —

que así se llamaba el hermano colector que acabamos de poner en escena — se había bautizado con el nombre que más en oposición se hallaba con su carácter.

En efecto; fray Pacífico era un hombre de cuarenta años, de cinco pies y ocho pulgadas de estatura, brazos musculosos, manos enormes, pecho hercúleo y piernas titánicas. Tenía la barba negra y espesa, la nariz recta y muy dilatada, la tez morena, los dientes semejantes á una tenaza de marfil y sus ojos estaban dotados de esa terrible expresión que sólo se encuentra en Francia, en los hombres de Aviñón y de Nimes, y en Italia, en los montañeses de los Abruzzos, descendientes de aquellos Samnitas que tan difícilmente vencieron los Romanos ó de aquellos Marsos que nunca pudieron subyugar.

Esto por lo que hace al físico; en cuanto á su carácter, era como es en general el de todos los hombres biliosos y pendencieros: suave como un carrasco. Mientras fué marinero, — el hermano colector había empezado por ser marinero, y luego diremos por qué motivo abandonó el servicio del rey por el de Dios — mientras fué marinero, raro era el día en que fray Pacífico — que entonces se llamaba Francesco el Expósito, porque su padre

se olvidó de reconocerle y su madre no quiso tomarse el trabajo de criarle — raro el día, repetimos, en que no viniese á las manos con alguno de sus compañeros de á bordo, ó no tuviese alguna pendencia, bien en la plaza del Mole, en la strada del Pilieri, ó en Santa Lucía, con algún camorrista ó guapo que pretendía tener en tierra los mismos derechos que el susodicho Francesco el Expósito pretendía tener en el Océano y en el Mediterráneo.

Como marinero á bordo de la *Minerva*, fragata que mandaba el almirante Caracciolo, había formado parte de la expedición de Tolón, y á fuer de buen aliado de los realistas franceses, cuando los ingleses se apoderaron de aquel puerto, había sacudido el polvo en toda regla á los pícaros jacobinos. Verdad es que el almirante Caracciolo, que no comprendía que la *entente cordiale* se llevase hasta el asesinato, le castigó rigurosamente por aquella complicidad; pero aquel castigo, en lugar de curarle de su odio á los *descamisados*, no hizo sino subirle de punto; de tal modo, que á la sola vista de un hombre que, adoptando las modas nuevas, hubiese hecho en el altar de la patria el sacrificio de su coleta y de sus calzones, para reemplazarlos por el pantalón y por el peinado á la Tito, el antiguo marinero se convertía en un energúmeno que

en la Edad media hubiera sin duda necesitado el empleo del exorcismo.

Por lo demás, Francesco el Expósito era un excelente cristiano, y por nada ni por nadie hubiera dejado de rezar, por mañana y tarde, sus acostumbradas devociones. Sobre su pecho llevaba una medalla de la Virgen que su piadosa madre le puso antes de echarle á la cuna, pero á la cual se guardó muy bien de añadir ningún signo que pudiera dar al joven Expósito alguna esperanza de ser reclamado. Cuando estaba en Tolón, todos los domingos que le permitían saltar á tierra oía misa con devoción ejemplar, y por todo el oro del mundo no hubiera ido á la taberna con sus camaradas á destripar una botella del tinto de Lamalgue ó del blanco de Cassis antes que el sacerdote hubiese entrado en la sacristía; lo cual no impedía que al destriparla después añadiese infaliblemente á la lista de las cicatrices amistosas algún rasguño, más ó menos profundo, resultado de esos duelos al cuchillo, tan frecuentes en la clase á que pertenecía Francesco el Expósito, y para la cual no es el homicidio más que una niñería.

Conocida es la manera inesperada como se terminó el sitio. Una noche, Bonaparte se apoderó del pequeño Gibraltar, y al día siguiente fueron

tomados los fuertes de la Aiguillette y de Balagier, cuyos cañones se volvieron contra los navíos ingleses, portugueses y napolitanos, los cuales ni siquiera intentaron defenderse. Caracciolo, dueño de su fragata como un jinete de su caballo, mandó desplegar las velas de la *Minerva*, desde el mesana al bauprés. Francesco el Expósito, uno de los más hábiles y vigorosos marineros, subió á desplegar la vela del mastelero de juanete. Á pesar del violento balance que imprimía al buque la agitación de las olas, acababa de ejecutar aquella maniobra con la mayor prontitud, cuando una bala francesa cortó la verga en que se apoyaban sus pies. La sacudida le hizo perder el equilibrio; pero se agarró á la flotante vela y allí permaneció suspendido á fuerza de puños. La situación era crítica; Francesco sentía que la lona se desgarraba poco á poco con el peso de su cuerpo: si se lanzaba al mar, aprovechando el momento en que el vaivén inclinaba la arboladura hacia el agua, tenía cincuenta probabilidades de salvar la piel; si, por el contrario, esperaba á que la vela se desgarrase completamente, y caía sobre cubierta, entonces tenía noventa y nueve probabilidades contra una de romperse la crisma. Francesco optó por el primer partido, esto es, por el que ofrecía el mismo número de proba-

bilidades en pro que en contra de su muerte; y á fin de inclinar la balanza hacia el platillo de la vida, prometió á San Francisco, su patrono, que si escapaba de aquel trance había de cambiar el gorro de marinero por la cogulla del fraile. El capitán, que apreciaba al Expósito á pesar de su mala cabeza, porque era uno de sus mejores marineros, hizo señas á una chalupa que pasaba por allí cerca para que estuviese pronta á socorrer á Francesco. Éste, precipitado desde una altura de sesenta pies, cayó á tres metros de la chalupa; cuando, medio aturdido por el golpe, remontó á la superficie, diez remos y veinte manos se dirigieron hacia él. Francesco prefirió las manos como cosa más sólida, se agarró á las primeras que halló á su alcance, salió del agua y fué reintegrado á bordo. Caracciolo se apresuró á complimentarle por su manera de ejecutar los ejercicios de volteo; pero Expósito escuchó los cumplidos de su capitán con aire distraído. Éste quiso entonces conocer la causa de aquella distracción, y Francesco le dió cuenta del voto que había hecho, afirmando que estaba seguro de ser desgraciado en este mundo ó en el otro si dejara de cumplirle, aunque fuese por un motivo ajeno á su voluntad. Temiendo tener sobre su conciencia la pérdida del alma de tan buen cristiano, le concedió

su licencia absoluta; pero con una condición: que el día siguiente á aquel en que pronunciase sus votos, había de venir á visitarle con su nuevo uniforme á bordo de la *Minerva*, y había de dar, con su hábito puesto, el mismo salto mortal que había dado en traje de marinero; bien entendido que la misma chalupa y los mismos hombres estarían allí para socorrerle en su segunda caída, de igual modo que le habían socorrido en la primera. Expósito se hallaba en un momento de fe; así es que respondió, que tenía tal confianza en su santo patrono, que no vacilaba en aceptar la condición ni en repetir la prueba. Concluído el trato, Caracciolo ordenó que le diesen dos raciones de aguardiente, y le mandó á su hamaca, dispensándole de todo servicio por veinticuatro horas. Expósito dió las gracias á su capitán, se escurrió por las escotillas, engulló de un trago sus dos raciones de aguardiente y se puso á dormir como un lirón, á pesar del infernal ruido que hacían los tres fuertes franceses, cuyos cañones vomitaban numerosos proyectiles sobre la ciudad y sobre las tres escuadras aliadas que salían del puerto á todo trapo, á la luz del incendio del arsenal, al cual habían puesto fuego los ingleses antes de retirarse.

No obstante las balas francesas que la persi-

guieron en la rada, no obstante la furiosa tempestad que luego la combatió en alta mar, la fragata *Minerva* arribó á Nápoles sin muchas averías, gracias á la pericia de su entendido capitán. Una vez allí, Caracciolo cumplió su promesa, y dió á Francesco su licencia absoluta, repitiéndole las enunciadas condiciones, y exigiéndole su palabra de marino de que las cumpliría, palabra que Expósito empeñó solemnemente.

Francisco Caracciolo, ascendido á almirante á consecuencia de aquella expedición de Tolón, según dijimos en otro lugar, había olvidado ya completamente á su antiguo marinero, la licencia concedida y las condiciones estipuladas, cuando el 4 de Octubre de 1794, día de San Francisco y fiesta del príncipe heredero, hallándose á bordo de su empavesada fragata, vió desprenderse de la ribera y avanzar en buen orden hacia la *Minerva*, como si las guiase un piloto experimentado, hasta una docena de barcas llenas de capuchinos, los cuales venían cantando la letanía con esa voz gangosa propia de los frailes franciscanos. Por un momento, Caracciolo creyó que se trataba de un abordaje y por poco no mandó el zafarrancho de combate. De pronto, los marineros, que se habían subido á los obenques para ver aquel extraño espectáculo, arro-

jaron un grito que circuló desde el trinquete al mesana:

— ¡ Es Francesco Expósito ! ¡ es Francesco Expósito !

Caracciolo empezó entonces á comprender de lo que se trataba; en efecto: al dirigir el anteojo á la flotilla de cogullas, reconoció en la primera barca á Francesco Expósito, el cual, vestido de capuchino, unfa su voz de trueno al piadoso concierto, cantando, ó mejor dicho, bramando las alabanzas de su santo patrono.

Por humildad, la barca de Expósito se detuvo en la escala de babor; pero Caracciolo dió orden que pasase á la de estribor, y fué á esperar al neófito á lo alto de ella.

Expósito subió solo; al llegar al último peldaño, hizo un saludo militar, y pronunció esta sola frase:

— Mi almirante, vengo á cumplir mi palabra.

— Á fuer de buen marino, respondió Caracciolo, te agradezco, así como á tus compañeros, que no la hayas olvidado; tu buena memoria honra á los capuchinos de San Efremo y á la tripulación de la *Minerva*; pero con tu permiso, me doy por contento con tu buena voluntad, y espero que ella será tan grata á los ojos de Dios como lo es á los míos.

Expósito meneó la cabeza.

— Dispensad, mi almirante; pero eso no puede ser.

— ¿Por qué, si te digo que me doy por satisfecho?

— Porque V. E. no querrá causar tamaño perjuicio á nuestro pobre convento, ni quitarme la probabilidad de ser canonizado después de mi muerte.

— Explicáte.

— Mi almirante, lo que os digo es claro como el agua del León. En los cien conventos de diferentes órdenes que se cuentan en Nápoles no hay un solo fraile, de no importa qué regla, que sea capaz de hacer lo que mi voto me obliga hoy á ejecutar.

— Lo que es eso, no necesitas jurármelo, respondió Caracciolo echándose á reir.

— Pues bien, mi almirante, de dos cosas una; ó me ahogo y alcanzo la palma del martirio, ó escapo y soy un santo. De un modo ó de otro, aseguro la supremacía de mi orden sobre todas las demás y hago la fortuna de mi convento.

— Sí; pero ¿y si yo no quiero que un buen muchacho como tú se exponga á ahogarse? ¿si yo me opongo á que cumplas tu promesa?

— ¡Por los cuernos de Lucifer, mi almirante, no hagáis semejante cosa! Al ver que fracasaba su especulación, esos malditos creerían que era yo quien

había pedido gracia y darían con mi cuerpo en algún *in pace*.

— Pero, diablo, ¿estás decidido á meterte fraile?

— No estoy decidido, mi almirante, lo soy desde ayer, y me han dispensado tres semanas de mi noviciado á fin de que el salto peligroso pueda efectuarse el día de San Francisco. Ya comprenderéis que así tiene la cosa más solemnidad y adquiere el patrono mayor renombre.

— Y ¿qué provecho sacarás tú del salto que vas á dar?

— ¡Oh! he puesto mis condiciones.

— Supongo que lo menos que habrás pedido es que te nombren prior.

— No soy tan tonto, mi almirante.

— Gracias.

— He pedido que me hagan hermano colector: en ese empleo hay más distracciones. Vuestra Excelencia comprende que si me viese obligado á encerrarme en el convento con esos imbéciles de frailes, me moriría de aburrimiento antes de una semana. Pero el hermano colector no tiene tiempo de aburrirse; recorre todos los barrios de Nápoles, desde la Marinella al Pausilipo, desde el Vomero al Mole, y siempre encuentra en el puerto algún amigo con quien echar un trago que nadie paga.

— ¡ Cómo ! ¿ qué nadie paga ? Amigo Expósito, me parece que tu cabeza no está buena.

— Al contrario, nunca ha estado mejor.

— Pero, maldito, ¿ y los mandamientos de la ley de Dios ? ¿ No hay uno que dice : « No tomarás le ajeno ?... »

— ¿ Y el cordón de San Francisco, mi almirante ? ¿ Por ventura no es propiedad del fraile cuanto toca este bienaventurado cordón ? Se le echa el cordón á un frasco de vino, á dos, á tres ; se ofrece un polvo al tabernero, se da la manga á besar á la tabernera, y vino pagado !

— Es verdad : no me acordaba de ese privilegio.

— Y además, mi almirante, continuó Expósito con aire satisfecho : V. E. habrá podido notar que no hago mala figura bajo el hábito, quizás no tan buena como bajo el uniforme, pero, en fin, como de gustos no hay nada escrito, y como, si he de creer lo que dicen en el convento...

— ¿ Y qué dicen ?

— Pues dicen, mi almirante, que los frailes de San Francisco, y en particular los capuchinos de San Efremo, no pecan de abstinencia... quiero decir que no comen de vigilia todos los días que señala el calendario.

— ¡ Quieres callarte, impío ! ¡ si te oyeran tus cofrades !

— ¡ Bah ! ¡ si V. E. los oyera á ellos algunas ocasiones !... ¡ por nuestro santo patrono que hay momentos en que se me figura que era yo fraile cuando servía en la marina y que no soy marino sino desde que entré en el convento !

Pero echo de ver que se impacientan, mi almirante. ¡ Oh ! no lo digo por ellos, sino por la gente del muelle.

El almirante miró en la dirección indicada, y en efecto, vió el muelle y las ventanas de la calle del Pilieri llenos de espectadores, los cuales, noticiosos de lo que iba á suceder, habían acudido á aplaudir el triunfo de los capuchinos de San Efremo sobre los frailes de las demás órdenes.

— ¡ Sea ! dijo Caracciolo ; puesto que te empeñas, pega tu segunda zambullida. ¡ Preparad el bote ! gritó dirigiéndose á la tripulación.

Y viendo que iban á ejecutar sus órdenes con esa prontitud que se acostumbra á bordo :

— Vamos, preguntó á Francesco, ¿ hacia qué lado quieres caer ?

— Hacia el mismo de la vez pasada, hacia babor, ese lado me parece de buen agüero. Además, es el que da hacia el muelle, y sería una triste gracia

burlar la curiosidad de las buenas almas que han venido á ver el espectáculo.

— ¡ Vaya por babor! ¡ Muchachos, el bote á babor!

Aun no había concluído Caracciolo de pronunciar la última sílaba de su voz de mando, cuando el bote estaba ya en el mar con cuatro remeros, el timonel y dos hombres de sobrecargo.

Entonces, queriendo el almirante dar á aquel espectáculo popular toda la solemnidad posible, empuñó la bocina y gritó:

— ¡ Á las vergas todo el mundo!

El pito del contramaestre secundó la orden de Caracciolo, y doscientos marineros, lanzándose en dos brinco á los aparejos como si fueran ágiles monos, se alinearon sobre las vergas, desde las más bajas hasta las más altas, mientras que al bélico son del tambor los soldados de marina se formaban en batalla sobre cubierta, dando vista al muelle.

Los espectadores no permanecían indiferentes ante aquellos preparativos que servían de prólogo al gran drama que iban á presenciar: batían palmas, agitaban sus pañuelos y unos gritaban: ¡ *viva San Francisco!* otros: ¡ *viva Caracciolo!*

Hay que advertir que Caracciolo era en Nápoles casi tan popular como el fundador de la orden de los capuchinos.

Las doce barcas de los cogullas, formando un grande hemicíclo desde la popa á la proa de la *Minerva*, dejaron entonces un considerable espacio vacío entre ellas y el casco de la fragata.

Caracciolo miró á su antiguo marinero, y viendo la resolución pintada en su rostro:

— Conque, ¿ estás completamente decidido? le dijo.

— ¡ Más que nunca, mi almirante!

— ¿ No quieres quitarte el hábito y el cordón? Así estarás más desembarazado y te será más fácil escapar.

— No, mi almirante; es preciso que el fraile cumpla el voto del marinero.

— Y ¿ no tienes ninguna recomendación que hacerme, caso de que la zambullida te sea fatal?

— En ese caso, Excelencia, sólo os suplico que mandéis decir una misa por el reposo de mi alma. Ellos me las han prometido á cientos; pero yo los conozco, mi almirante. Si muero, no habrá uno que se tome el trabajo de alargar el brazo para sacarme del purgatorio.

— Descuida; te mandaré decir, no una, sino diez.

— ¿ Me lo prometéis?

— ¡ Á fe de almirante!

— Pues es todo cuanto necesito. Á propósito, mi

comandante, no las mandéis decir á nombre de Expósito, sino á nombre de fray Pacífico. Hay tantos *Expósiti* en Nápoles, que atraparían mis misas al vuelo y Dios no sabría á quién aplicarlas.

— ¡Cómo! ¿te llamas ahora fray Pacífico?

— Sí, mi almirante; ese nombre es una especie de freno que he querido poner á mi antiguo carácter.

— Y ¿no temes que Dios, que aun no ha tenido tiempo de apreciar tu nueva mansedumbre, te desconozca bajo ese nombre?

— Si así fuera, mi almirante, mi patrono San Francisco estaría allí para señalarme con el dedo, puesto que moriría por glorificarle y entraría en la eternidad vestido con su hábito y ceñido con su cordón.

— Corriente, lo haré como tú dices; de todos modos, cuenta con tus misas.

— ¡Oh! replicó el fraile, cuando el almirante Caracciolo dice: « lo haré, » es para mí cosa más segura que si otro me dijese: « ya está hecho. » Y ahora, mi almirante, cuando queráis.

Caracciolo conoció que había llegado el momento crítico.

— ¡Atención! gritó con voz tan vigorosa, que se oyó en todos los ámbitos de la bahía y de la ribera. El contra maestre empuñó su silbato de plata, le

llevó á sus labios y resonó un silbido agudo al cual siguió una prolongada modulación.

Aun no habían expirado las últimas notas de aquella señal, cuando fray Pacífico, sin que le embarazaran en lo más mínimo sus hábitos de fraile, se lanzó á los obenques de estribor, á fin de subir de cara al público, y con una agilidad que probaba que el tiempo de su noviciado no había perjudicado en nada á su antigua destreza de marinero, trepó á la gran cofa, se deslizó por su abertura, pasó desde allí á la del mastelero de gavia, y entusiasmado por los aplausos que el volteo del fraile en las cuerdas arrancaba á los espectadores, subió hasta la pequeña verga, que era más de lo que había prometido, y sin vacilar ni un segundo se arrojó al agua, gritando con todas las fuerzas de sus pulmones: « ¡Ayúdame, padre mío San Francisco! »

Un grito inmenso circuló por toda la línea de espectadores. La escena, que para muchos de los que habían ido á presenciarla prometía ser grotesca, había adquirido ese carácter grandioso que tienen siempre las acciones en que el hombre arriesga su vida valerosamente. Así es que á aquel grito de admiración, de terror y de curiosidad, sucedió el silencio de la angustia; cada cual esperaba ansioso la reaparición del atrevido buzo, temiendo que,

como el de Schiller, quedara sepultado en el seno de las aguas.

Transcurrieron tres segundos, que parecieron tres siglos á los espectadores, sin que el más leve rumor turbase aquel imponente silencio. Las olas, agitadas aún por la caída de fray Pacífico, se abricaron por fin para dejar paso á la cabeza del fraile, el cual, apenas la sacó fuera del agua, lanzó con voz estentórea este grito de alabanza y de gratitud:

— ¡ Viva San Francisco !

No bien apareció el fraile en la superficie, cuando los hombres del bote de la *Minerva* le suspendieron en sus brazos, sacándole gloriosamente fuera del mar. Los capuchinos de las barcas entonaron entonces en coro el *Te Déum laudamus* y la tripulación de la fragata lanzó tres hurras desde lo alto de las vergas; mientras tanto, los espectadores del muelle y de las ventanas aplaudían con ese frenesí con que en Nápoles se aplauden todos los triunfos, sean cuales fueren, frenesí que raya en delirio cuando el triunfo tiene un carácter religioso y redundante en honor de alguna madona en boga ó de algún santo de reconocida celebridad

CAPÍTULO XI

La colecta

Inútil nos parece decir, después de lo referido, que los capuchinos de San Efremo llegaron á ser los frailes de moda y su convento el más renombrado de todos los de la capital.

En cuanto á fray Pacífico, fué desde aquel día el héroe del populacho de Nápoles. No había hombre, ni mujer, ni muchacho que no le conociera y no le tuviese por un santo, ó cuando menos, por un elegido del Señor.

Así es que la colecta empezó bien pronto á dar á conocer la popularidad que alcanzaba el hermano colector ó limosnero. En un principio había desempeñado aquella operación como sus cofrades de las otras órdenes mendicantes, esto es, llevando una alforja al hombro. Pero al cabo de una hora de paseo por las calles de Nápoles, la alforja se desbordaba. Para obviar este inconveniente, cargó con